

¿Por qué Borges, sensible y vidente palabrasta, no podía resistir tanta y tanta belleza? Tal vez porque sintiéndola tan intensamente le resultaba inaprehensible. Tal vez porque el ser humano no se conforma con el privilegio de acceder a lo real. Quiere poseer la realidad. Una vez vislumbrada, quiere acceder a la luz y poseerla.

"Vive el hombre – leemos de Laín Entralgo – intentando poseer plenamente su propia realidad, y en ella la realidad de su mundo" [1]. Laín ha realizado un metódico estudio de las principales vías por las que acontece el acceso del hombre a la realidad – pensar e imaginar, querer y sentir, actuar y jugar – y de los modos supremos – saber, creer, esperar, amar – capaces de paliar, ya que no de abolir, "la inquietud que trae al hombre su deficiente, indigente modo de poseer su realidad y la realidad". Inquietud e indigencia, materiales para la melancolía.

El problema de la realidad del hombre es universal. No es único de nuestro tiempo. Como el hombre no posee la realidad con la plenitud necesaria, muestra inquietud e intenta pensar. "Pensamiento es cuanto hacemos, sea ello lo que sea para salir de la duda en que hemos caído y llegar de nuevo a estar en lo cierto", decía Ortega. Se trata, pues, de una búsqueda. Esa indagación tiene dos niveles: la certidumbre y la verdad. La certidumbre vendría a ser como una hipótesis, una teoría, un postulado o un teorema en el cual creemos, pero que, por la razón que fuese, no hemos conseguido demostrar empíricamente. Esa demostración confirmaría su verdad. Pero ni todo ese conjunto de certidumbres y verdades, ni ese otro acceso a la realidad que es la imaginación, nos terminan por dar la posesión de la realidad.

Querer es querer realidades. Pero querer no es tener. Y si alguna vez se tiene, esa tenencia es pasajera, efímera, precaria. Sentir es otra vía de acceso a lo real. Pero ni la sensación ni el sentimiento le ofrecen al hombre la realidad plena. Se siente aquello que se patentiza en la resistencia de los sentidos. La actuación y la actividad, febril o serena, son asimismo vías de acceso a la realidad, pero no a su posesión. Un sucedáneo de la posesión es su representación: palabras, conceptos, símbolos visuales, imágenes... nos facilitan la tarea de representar la realidad. Son herramientas sobre las que nos enredamos, debatimos y teorizamos más que sobre la propia realidad. Se diría que, en el restaurante francés, nos ocupamos más de la vajilla o de los cubiertos que de los alimentos exquisitamente preparados.

Ya Marco Aurelio nos aconsejaba sobre la cuestión: "Sé indiferente a lo que es indiferente", que resulta tan actual como la denuncia que hace el propio Cassirer, cuando se lamenta de que "la realidad física parece retroceder en proporción a los avances simbólicos de la actividad del ser humano. En vez de tratar las cosas en sí mismas, el hombre está en cierto sentido, en constante conversación consigo mismo. Se ha enfrascado tanto en formas lingüísticas, en imágenes artísticas, en símbolos mitológicos y ritos religiosos, que ya no puede ver o enterarse de nada, excepto mediante la interposición de un medio artificial" [2].

Una cierta melancolía se desprende del alejamiento de la realidad. Se diría que lo que resulta en verdad irresistible es el amontonamiento de teorías y de símbolos que nos impiden ver las cosas como realmente nos aparecen. Goethe apunta algo de eso en sus

*Máximas y reflexiones*, cuando señala que "existe un empirismo sutil que se identifica íntimamente con el objeto y de este modo se convierte en la verdadera teoría... Lo más elevado sería comprender que todo lo real es ya teoría... No debe buscarse nada tras los fenómenos: ellos mismos son la teoría".

Saltando ahora al mundo de la política, podemos contemplar un aspecto interesante de lo que llamamos realidad y las dificultades que existen para su representación. Giovanni Sartori califica el concepto de ideología como "un sistema de ideas y de ideales transformados en creencias". Esta transformación implica que las ideas ya no son pensadas, sino en concreto, creídas; lo que significa que se convierten en exideas, ideas vacías, ideas congeladas e intocables que salen de la cabeza para entrar en la boca y pasar de boca en boca sin que nadie las vuelva a pensar. En suma, las ideas transformadas en creencias son ideas fijas, objeto de fe y ya no de reflexión [3]. El problema que surge a continuación vendría a ser como el de aquel restaurante, que bajo la ideología de la cocina francesa, nos diera gato por liebre.

Dicho de otra forma: el problema es que las creencias no son simplemente unas nociones de las cosas, unos conceptos, sino un verdadero sistema que ofrece un particular modo de ver la realidad, una manera de interpretar la realidad, una conformación mental que delimita y explica la realidad. De forma que la ideología termina constituyendo una limitación del pensamiento libre. Por el hecho de sostener firmemente mi ideología gastronómica gala, no estoy dispuesto a considerar que la liebre sea gato, aunque otros me señalen la gatera.

Todo ello nos indica que la ideología sólo produce representaciones interesadas, parciales y unívocas de la realidad. Por eso la libre inteligencia huye de una realidad unívoca. Podemos pensar las cosas de muchas maneras. Podemos incluso aceptar que el gato que nos dieron sería cosa de la *nouvelle cuisine* y que, de todas formas, estaba exquisito. También podemos expresar las cosas de muchas maneras: Olla de gato sería imperdonable. *Crêpes de petit félin aux herbes de Provence* empezaría a ser interesante.

La inteligencia libre permite ampliar el campo de la exploración y de las definiciones. El mismo Joan Miró manifestaba: "Todo lo que pinto existe en la realidad". Al fin, la realidad es tan abierta que puede ser interpretada desde las experiencias más diversas, las teorías más contrarias, las lógicas más plurales. Una única verdad es una clausura y también una forma de sumisión y de rutina. Lo real es múltiple porque la verdad – verdad humana y con minúscula – tiene perspectivas. Decía Ortega en las confesiones de *El Espectador* que "el punto de vista individual me parece el único punto de vista desde el cual puede mirarse el mundo de verdad". Siendo así, y llevando al extremo ese parecer, habría actualmente cerca de seis mil millones de puntos de vista sobre la realidad. Demasiados porque, como señala Vattimo, "la multiplicidad de imágenes del mundo hace perder el sentido de la realidad".

Ahora nos proponemos dejar a los pobres gatos en paz y ponernos algo más serios. La representación de la realidad no vendría a ser más que un intento de restitución. "Se canta lo que se pierde", decía Machado. También queremos representar aquello que perdimos, que observamos o que sentimos antes de que definitivamente se pierda. Tal restitución admite versiones en función de las definiciones internalizadas del actor. Pero, al fin, la restitución sería imposible. Lo vivido, lo visto, lo aprendido, lo sentido y

lo tomado, conforman una categoría. La representación de todo ello estará en otro ámbito y admitirá lenguajes y expresiones distintas. La fotografía no nos restituye la realidad. La información periodística tampoco nos restituye la realidad. Serán siempre testimonios parciales creados para ofrecer una idea aproximada, un rasgo o un costado de la realidad.

Este intento de restitución que evoca el de posesión, sería un esfuerzo inútil, un camino de melancolía. Pero no por ello despreciable, porque esta melancolía puede conducirnos a la experiencia estética y a la comprensión, que es la única forma de posesión de la realidad que nos está permitida. En cierto modo, el afán por restituir la realidad es una lucha contra la fugacidad del tiempo. Fijar la memoria, hacerla permanecer, el último objetivo.

El elemento clave de la restitución es el acontecimiento. La información objetiviza el acontecimiento, lo enmarca, lo descontextualiza para que sea percibido. El acontecimiento más genuino está regido por el azar. Es decir, no está comprendido por ninguna ley social, política o económica. Y alcanza su fuerza y su dramatismo de su propia imprevisibilidad. La información sobre tal acontecimiento recorre dos grandes vacíos: el del pasado donde se circunscribió, y el del futuro, sobre el que se proyecta una dinámica de cambio. Podría decirse que la información viene a rellenar esos dos grandes vacíos, viene a darle continuidad al tiempo, lógica a nuestra sorpresa inicial, pruebas contra nuestra incertidumbre, Construye la ilusión de unas leyes y unos principios para realizar interpretaciones plausibles, vanos intentos de domesticar el tiempo. Tarea imposible, porque el tiempo es ajeno a la arbitrariedad de los acontecimientos; de ninguna forma un recipiente donde los acontecimientos puedan preverse con arreglo a una regularidad histórica o a unos ritmos o pautas racionales. A su vez, la incertidumbre mantiene la vigilia del individuo, le hace estar despierto, dispuesto a reaccionar y a acomodarse tras el choque a una nueva y perpetua vigilia. Pues el acontecimiento es un choque contra la realidad establecida, Este choque supone una pérdida (se cuenta lo que se pierde). De esta ausencia se ocupa la información.

Escribe José Antonio Marina que "el hombre maneja gigantescos bloques de información integrada. Se sabe el mundo. Posee también un mecanismo de formación de hipótesis, mediante el cual anticipa las posibilidades que espera que se realicen" [\[4\]](#). La información acumulada se proyecta sobre el futuro. Son hipótesis que esperan una confirmación. Parece que, a tenor de la experiencia registrada, todas las salidas están previstas. Pero, de repente, el futuro se hace presente de forma sorprendente. La continuidad del presente – la concepción de la realidad estable – se ha roto. Ha surgido una sorpresa y las hipótesis han resultado falaces. La inadecuación entre lo esperado y lo acontecido produce una alteración, un imprevisto, una novedad. San Agustín llamó al hombre "bestia cupidissima rerum novarum", deseosísimo de realidades.

La cotidianidad se basa en la experiencia y en la vivencia de tres factores: lo tópico, lo lógico y lo normativo. La información surge de la transgresión de estos tres factores. Esto es, surge de lo atípico, de lo alógico y de lo anómalo. Sobre esta transgresión se construye la noticia. En este sentido se puede postular que la información viene a suponer una perturbación de la estabilidad conocida, de la ilusión de una realidad estable, que no es sólo el anuncio de la crisis, sino más simplemente, una salida vital de la rutina cotidiana. "¿Hasta cuándo las mismas cosas? – se preguntó Séneca –. Me

despertaré, me dormiré, tendré apetito, me hartaré, tendré frío, tendré calor. Ninguna cosa tiene fin, sino que todas las cosas se ligan en círculo; huyen, se persiguen; la noche empuja al día, el día a la noche, el estío fina en el otoño, al otoño le acucia la primavera; así que toda cosa pasa para volver. No hago nada nuevo, no veo nada nuevo; a fin de cuentas, esto da náuseas. Muchos son los que piensan que no es aceda la vida, sino superflua". Pues bien, frente a esa monotonía de lo cotidiano, que genera una realidad parasitaria, la información contribuye destruyéndola sistemáticamente. En algún sentido, podría afirmarse que tal derrumbe tiene una dimensión terapéutica; tal transgresión, una función liberadora.

Cabe preguntarse entonces, ¿en qué consiste la posesión de la realidad? Laín escribe que son instantes que se producen cuando "el ser de la persona queda como absorbido en lo que está siendo". Nos encontramos con una suerte de empatía profunda, indispensable para abarcar la realidad, con una comunicación espiritual con nosotros mismos y con nuestro entorno como única vía de síntesis para la posesión de la realidad.

El propio Gadamer nos dice que la experiencia estética nos puede procurar, en grado de acontecimiento, un encuentro con nosotros mismos que viene a ser un acontecer de la verdad. Y nos advierte de la razonabilidad de conocer los límites de la propia inteligencia, para ser capaces de una mayor comprensión, puesto que la comprensión no es detenerse en lo que se posee, como algo verdadero, sino en afirmarlo como algo relativo y pasajero, abierto a una ulterior comprensión de una realidad que hubiera estado escondida o desatendida, y que unas circunstancias favorables la sacarán a la luz.

---

[1] Pedro Laín Entralgo, *Creer, esperar, amar*, Barcelona, Círculo de lectores, 1993, p. 15.

[2] Ernst Cassier, *An Essay on Man*, New York, Doubleday Anchor, 1965, p. 43

[3] Cfr. Giovanni Sartori, *La democracia después del comunismo*, Madrid, Alianza, 1993, p. 33.

[4] José Antonio Marina, *Elogio y refutación del ingenio*, Barcelona, Anagrama, 1992, p. 117.